
Natàlia Rodríguez IndaMaría ZAMBRANO y José Ferrater MORA, *Epistolario 1944–1977*. Miquel Osset Hernández (ed.). Sevilla: Ediciones Renacimiento, 2022.

Rodríguez Inda, Natàlia (2024). Aurora 25. 141-143. ISSN: 1575-5045. e-ISSN: 2014-9107. DOI: 10.1344/Aurora2024.25.12. Recepción: 4/10/2023. Aceptación: 25/10/2023. Publicación: 12/2/2024

nati198383@gmail.com
ORCID: 0000-0001-6784-5700
Universitat de Barcelona

© Natàlia Rodríguez Inda, 2024. CC BY 4.0

José Bergamín animó a María Zambrano a que escribiera cartas, a quien fuera, y a publicar un epistolario completo, afirmando que esa sería su obra maestra. En sus cartas siempre se encuentran pequeñas zonas de anclaje de su pensamiento que las enriquecen y hacen de ellas un muestrario significativo y un sólido complemento de todo aquello que encontramos en su obra. Tal epistolario nunca se llevó a cabo, pero ahora, de la mano de Miquel Osset, tenemos reunidas las cartas de José Ferrater Mora y María Zambrano, enviadas entre 1944 y 1977, y en las que podemos asistir, como lectores, al intercambio de ideas y vivencias, de crítica filosófica y experiencias personales entre dos de los grandes pensadores españoles del siglo xx. Zambrano expone en ellas diversos puntos de su pensamiento —como bien sabía Bergamín que acostumbraba a hacer la filósofa— y Ferrater Mora hace lo propio, lo que da como resultado un libro atractivo para aquellos que quieran acercarse a su obra desde otra perspectiva, más allá de la teórica expuesta en sus respectivas obras.

El interés de este intercambio epistolar parte de varios puntos: por un lado, quedan plasmados los lugares de encuentro intelectual de ambos filósofos; por otro, se muestra cómo fueron naciendo los textos que estaban escribiendo durante los años en que se enviaron las cartas y, por último, se manifiesta la incuestionable admiración mutua que se tenían.

En las primeras páginas y antes de sumergirnos en el intercambio epistolar, tenemos una notable introducción del editor. En ella Miquel Osset formula de forma clara qué podemos encontrar en las cartas, que a pesar de no estar todas (pág. 52), son una amplia compilación y una innegable fuente de contenido que nos permite conocer la relación que mantuvieron ambos pensadores durante más de tres décadas.

Después de situarnos en el lugar y el tiempo en que se mantuvo esta relación epistolar, Osset pasa a examinar los asuntos que abordan ambos autores. En primer lugar, destaca la fascinación palpable hacia la obra de Miguel de Unamuno: «Unamuno va a construir un puente entre Ferrater Mora y Zambrano en La Habana» (pág. 21). Los dos habían estado trabajando en la obra del autor vasco desde los años treinta: Ferrater Mora con su artículo, que después se convertiría en libro, «Miguel de Unamuno: bosquejo de una filosofía, y Zambrano con un libro sobre él que nunca vio la luz, aunque sí se han recuperado todos los artículos que fue escribiendo a lo largo de los años. Intercambian opiniones sobre Unamuno y se nota su predilección por él cuando Zambrano afirma: «Llegaron sus libros [...] Me lancé de inmediato sobre el *Unamuno*» (pág. 57).

El encanto de lo *sentipensante* y lo poético de la obra unamuniana atrae a ambos de tal forma que se ven impulsados a escribir sobre él. En segundo lugar, Osset destaca la influencia de san Agustín, que es «objeto de especial atención por parte de Ferrater Mora» (pág. 27) y dota, para Zambrano, de «corazón a la frialdad de la Razón» (*ibidem*).

La conexión entre ambos no acaba en sus semejantes admiraciones, sino que también coinciden en «las similitudes de finalidad que Poesía y Filosofía comparten» (pág. 33). Pese a que Ferrater Mora no llega a utilizar o escribir sobre la razón poética, arguye a favor de un entendimiento entre los dos conceptos rescatando las ideas que Zambrano aún, en ese entonces, estaba conformando.

Y así Miquel Osset brinda un excelente estudio preliminar sobre los vínculos, tanto intelectuales como políticos, de ambos pensadores.

Al llegar al epistolario nos encontramos con las diferentes cartas que se fueron intercambiando a lo largo de los años, ordenadas cronológicamente e intercaladas a medida que se iban respondiendo. Si bien es cierto que notamos la ausencia de algunas de ellas, no por ello disminuye el interés o merma la calidad de la edición. Como he dicho más arriba, la admiración que se tenían queda patente en muchas de las epístolas: «[Ferrater a Zambrano] No tengo que decirle cuánto me alegra lo que me dice usted de mi ensayo sobre la muerte; su juicio me importaba mucho y de él dependía en buena parte que yo pensara proseguirlo» (pág. 64). Tal admiración, en este caso, cristaliza en solicitar la opinión de Zambrano sobre el texto que escribía Ferrater Mora en ese momento. Parece que el pensador barcelonés no hubiera seguido escribiendo dicho texto si ella hubiera manifestado un cierto desacuerdo con su contenido. Esto solo demuestra el entusiasmo con el que él recibe la respuesta de su colega; una reafirmación de lo ya pensado por alguien en quien confiaba y valoraba muy positivamente.

Los temas por los que discurren ambos son variados a medida que avanzan los años: la crítica al racionalismo o a la abstracción desmedida con la que procede la Razón, la muerte de Ortega y Gasset, el conflicto entre Razón y Fe, el cristianismo, entre otros, son puntos clave de sus respectivas obras y que se discuten en sus cartas.

Además, para los estudiosos de sus respectivas obras, este epistolario es sumamente atrayente, ya que gracias a él sabemos cómo y cuándo escribieron algunos textos fundamentales. Sobre la obra de Zambrano tenemos información acerca de *El hombre y lo divino y Delirio y destino*; en el caso de Ferrater Mora sobre *El hombre en la encrucijada y El ser y la muerte*. Encontramos también una afirmación importantísima de la propia Zambrano: «Al fin creo que me he reconocido en una escuela o tradición» (pág. 105). Se refiere

a los pitagóricos; ni Ortega ni Zubiri ni Unamuno; su escuela es la pitagórica.

Por otro lado, conocemos las vicisitudes por las que pasaron en el exilio, el intento de volver a Barcelona, las enfermedades de ella, la tristeza que la envolvía: «la atmósfera de angustia, de falta total de alegría, como si un muro se alzara ante todo proyecto o realidad esperanzadora» (pág. 102). Pese a sufrir el desconsuelo de la enfermedad, del exilio o la pobreza, Zambrano siguió enviando cartas, no solo a Ferrater, pero también a él. Sus vidas no fueron fáciles y así queda plasmado en este epistolario; algunas cartas se perdieron, a algunas les costó llegar a su destino, pero el deseo de reencontrarse estuvo siempre presente: «¡Y qué pena no encontrarnos en París! Pero nos encontraremos, así lo creo» (pág. 175).



Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución 4.0 (<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>).